

---

---

# *Un debate secular: el esperma femenino*

---

Ana Martos



Las disensiones son, sin duda, el motor del aprendizaje y de la investigación. Si todos estuviésemos de acuerdo cuando alguien pone en circulación una idea o una teoría, el mundo habría dejado de progresar hace mucho y, además, sería sumamente aburrido.

Las discusiones de amplio espectro espacial y temporal son, por fortuna, abundantes en la historia de cualquier ciencia. Además, una ciencia no funciona en solitario, sino que lo hace emparejada con otras ciencias, lo que aporta más disensiones y complejidades.

Y eso es lo que ha puesto la sal y la pimienta en la historia de la Medicina que siempre ha caminado emparejada con la Filosofía y con la Teología, trátase de la religión y de la cultura que se quiera.

Para entender las influencias que cada momento tuvo en los posteriores y cómo se llegó a desencade-

nar un debate secular sobre algo hoy tan impensable como el esperma femenino, es necesario echar un vistazo al periplo histórico y geográfico que recorrió el saber médico y filosófico a través de los tiempos.

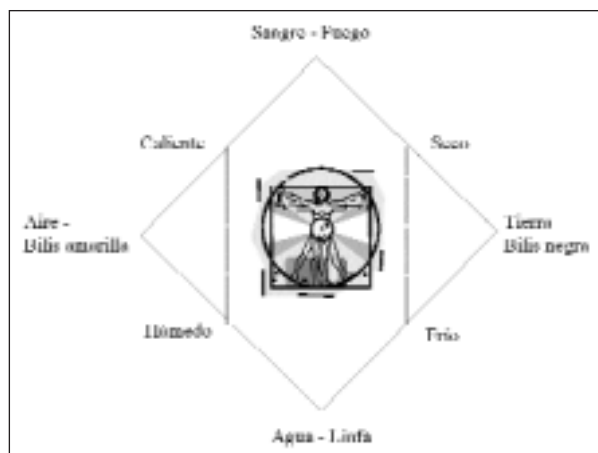
---

## **EL PERIPLO DEL SABER**

El saber parece que se inició en Sumer, Babilonia y Egipto. Pero fue un saber mitificado y oculto a la curiosidad del vulgo, porque entonces se creía preciso guardar celosamente los secretos de los dioses. Imaginémoslo que hubiese sucedido si cualquiera no iniciado hubiese conocido las dimensiones sagradas de la Torre de Babel o hubiera podido desentrañar el misterio de la ecuación que relaciona 2/3 de la diosa Istar con varios genios benéficos.

Los griegos, que por algo inventaron la democracia, fueron los primeros en tomar el saber sumerio, babilónico y egipcio, en desmitificarlo y en convertirlo en material útil y divulgable. Hipócrates formuló su teoría humoral basada en la doctrina de los elementos de Empédocles, a la que Aristóteles y Platón añadieron sendos granitos de arena. A partir de él, la Medicina entendió al hombre como una unidad psicosomática

cuya salud o enfermedad dependen del equilibrio entre cuatro humores que caracterizan su temperamento: sangre, bilis negra, bilis amarilla y flema.



Los romanos copiaron todo de los griegos, hasta el punto de que ellos mismos se acusaron de haber sido capturados por sus vencidos. Su médico más importante fue Galeno de Pérgamo, un griego. Galeno añadió sus descubrimientos a los de Hipócrates, Platón y Aristóteles. Y ésa fue, *grosso modo*, toda la ciencia médica que funcionó en el mundo occidental, con algunas aportaciones, adaptaciones y, afortunadamente, divergencias, hasta el siglo XIX. Es importante saber que, hasta 1811, hubo en Francia una cátedra de Medicina Hipocrática y que, hasta más o menos entonces, cuando un médico quería zanjar una cuestión con otros médicos, no tenía más que exponer una razón de Galeno y aseverar con un puñetazo en la mesa *¡Galeno dixit!*

En cuanto a las enseñanzas de Aristóteles, una anécdota ilustra claramente su preponderancia todavía en el siglo XVII. Cuenta Galileo de un médico que, tras practicar una disección, observó con sorpresa que los nervios salían del cerebro para llegar a la espina dorsal a través del cuello. Al explicarlo a otro, éste señaló que lo creería si no fuese porque tal observación se oponía a la autoridad de Aristóteles. Y es que, una vez que santo Tomás de Aquino consiguió conciliar las enseñanzas aristotélicas con las Escrituras, el maestro estagirita resultó tan intocable para los teólogos como Galeno para los médicos.

Así, pues, tenemos a Hipócrates, Galeno y Aristóteles como rúbricas inamovibles del saber médico de todos los tiempos.

Llegó el Cristianismo al Imperio Romano, allá por el siglo IV, y empezaron las disidencias, pero no cien-

tíficas, sino teológicas. Las discusiones bizantinas solían reunir a numerosos participantes en debates ardorosos que duraban varios días, en los que se dirimían temas abstrusos e ideas totalmente especulativas, y que en muchas ocasiones terminaban con las armas en la mano. El resultado de una de estas discusiones bizantinas fue el destierro del disidente de turno, Nestorio, que, junto con todos sus partidarios, fue arrojado de Edesa, donde habían creado una escuela médica, y expulsado de tierras cristianas. Los persas sasánidas los acogieron con interés y les dieron todos los recursos necesarios para montar en Gondisapor su escuela médica. Allí se refugió el saber clásico, junto con los conocimientos persas de la época. Por entonces, los francos, los godos y los germanos habían invadido Europa occidental y nada quedaba en ella de la cultura romana. Todos los refinamientos quedaron durante siglos en Bizancio, hasta que los otomanos se apoderaron de los restos del imperio ya esquilmo por los cruzados, y reemplazaron la cultura bizantina por la suya.

Y, cuando Mahoma inflamó a los pueblos árabes a la conquista del mundo, llegaron a Persia y se prendaron de los conocimientos clásicos mantenidos en Gondisapor. Recogieron también los conocimientos de las escuelas mesopotámicas que incorporaban al saber judío y persa los muchos saberes de la India (entre ellos, la numeración que hoy llamamos árabe). Como algunas ideas platónicas chirriaban un tanto frente al Corán, a la hora de traducir al árabe los escritos, Al Farabí y otros estudiosos tuvieron que conciliar a Platón con el Islam.

Hasta el siglo XIII, las escuelas de traductores de Toledo, Montpellier, Salerno y Barcelona debieron de tener mucho trabajo, porque los árabes habían traducido textos del griego, del hebreo, del persa, del sirio y del sánscrito y había que convertirlos al latín. Entonces apareció un nuevo tropiezo: Al Farabí y sus traductores árabes habían impregnado los textos de cierta tendencia panteísta que se avenía mal con el pensamiento cristiano y, además, Aristóteles no coincidía con la Biblia. Nueva conciliación, esta vez a cargo de la Escolástica, para limar asperezas entre los clásicos y las Escrituras.

A todo esto, habían seguido creciendo escuelas médicas, como la de Salerno, y se mantenían las antiguas, como la de Alejandría. En todas se hablaba de lo mismo. Aristóteles, Hipócrates y Galeno. Y como los médicos seguían siendo filósofos y en las cátedras cristianas solamente había clérigos, la teología se vino a sumar definitivamente al asunto.

Así llegamos a la Edad Media, donde los médicos musulmanes, judíos y cristianos impartían sus enseñanzas y todos vivían en paz y en armonía.

## LA LUJURIA SE ALOJA EN LOS LOMOS

Si algo ha movido desde siempre los estudios de médicos, filósofos y teólogos de todas las religiones y culturas, ha sido la procreación. Es el proceso más importante y, a juzgar por las numerosas teorías, hipótesis, dogmas y disidencias que ha generado, el más controvertido.

En la historia de la medicina occidental, las controversias sobre los mecanismos y los órganos de la procreación se han sustentado sobre razones fisiológicas, metafísicas y teológicas, porque la procreación no solamente atañe al sostenimiento de la especie humana, sino también a campos tan opuestos como el placer sexual y la moral cristiana.

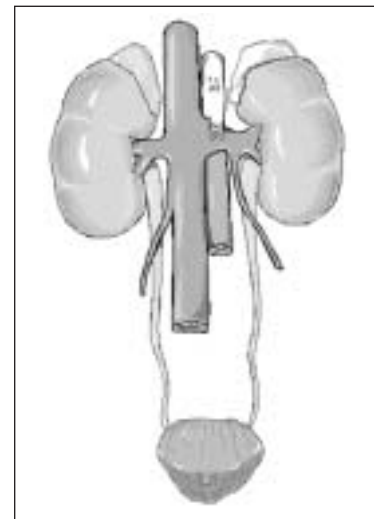
Estudiar el placer sexual y los mecanismos de la reproducción llevaron a los científicos al análisis del esperma y del placer y su función en la generación.

En el siglo II, la Patrística había iniciado un movimiento neoplatónico que propugnaba el ascetismo que niega el propio cuerpo y pretende convertirlo en un ente espiritual. Durante su vigencia, el movimiento literario surgido de la Patrística dio a luz numerosos textos que explican la sorprendente conclusión de sus especulaciones: el pecado original no consistió en comer la fruta prohibida, sino en gozar del amor carnal. El pecado de Adán y Eva no fue de desobediencia ni de deseo de igualarse a Dios, sino de concupiscencia. Así lo vemos en los textos de Clemente de Alejandría, de san Jerónimo, de san Ambrosio, de Lactancio, de Tertuliano, de Orígenes y de san Agustín: “El pecado de Adán fue puramente carnal, sucumbió a la voluptuosidad, anticipándose al tiempo debido. Deseó el beneficio del matrimonio antes de tiempo.” Para muchos de ellos, la concupiscencia fue la fiera indomable, el mal que no pudieron erradicar. Porque no tuvieron en cuenta que no todo el mundo es capaz de deshacerse del instinto básico de la reproducción. Ya lo advirtieron en su momento los Evangelios: “el que sea capaz de aceptar esta doctrina que la acepte.”

El caso es que, con esa tendencia a defender el amor platónico y a rechazar el amor carnal, el placer

sexual se convirtió en lujuria y fue imprescindible conocer su génesis, su naturaleza y su importancia para la procreación.

El estudio de la lujuria masculina no opuso grandes retos. Bastaba con que los estudiosos se analizaran a ellos mismos. Después de mucho discutir, a finales de la Edad Media, ya casi en el Renacimiento, todos llegaron a la conclusión de que la lujuria masculina se asienta en los lomos, es decir, que los riñones son la base fisiológica de la libido, el punto en que el esperma procedente del cerebro se bifurca a partir de la médula hacia los testículos, que son almacenes de distribución del semen.<sup>(1)</sup>



## ¿Tanto discutir para eso?

Pues así fue, de momento, porque luego se aclararon las cosas. Lo importante es saber que los científicos identificaron el placer sexual con la emisión del esperma y la emisión del esperma con la procreación. Por tanto, el placer sexual era imprescindible para la fecundación y no había más remedio que “tolerarlo” para cumplir el mandato divino de crecer y multiplicarse: “igual que tenemos que soportar el dulzor de la miel para alimentarnos, así tenemos que soportar el placer para procrear”.

Los teólogos se interesaron también por el estudio de la anatomía de los órganos sexuales para abordar los problemas de impotencia y de frigidez, que eran causas de disolución matrimonial y que ponían en peligro el cumplimiento del débito conyugal y de la procreación. En 1418, Velasco de Taranta señaló en

(1) Estos y otros datos medievales proceden del libro *Sexualidad y saber medido en la Edad Media*. Jacquart y Thomasset. Editorial Labor.

su “Philonium” que hay tres elementos imprescindibles para lograr la potencia masculina: espíritu, materia y apetito sexual. Si falta uno de ellos, se debe a frigidez o maleficio que es indispensable abordar.

Hace poco, en el siglo XX, supimos que la dihidrotestosterona es la hormona responsable de la actividad sexual masculina.

Todo lo anterior se refiere a los hombres. El problema surgió a la hora de estudiar a las mujeres, que es el objeto de este escrito. Pero primero conviene que echemos un vistazo a las teorías que condujeron a la singular situación que tratamos de describir.

## UN RESIDUO MUY VALIOSO

Lo primero que se estudió fue el esperma, su origen, su naturaleza, su recorrido y su función. Veamos las distintas teorías y doctrinas que conformaron las creencias medievales. Son a cual más curiosa. Para entender la influencia de las ideas, las veremos por orden cronológico.

Los antiguos persas creyeron en la existencia de una vía de comunicación entre el cerebro, la médula espinal y el semen. Algunos estudiosos griegos, como Alcmeón de Crotona y los pitagóricos, como Diógenes Laercio, coincidieron o se dejaron influir por los persas, para proclamar que el semen es “una gota del cerebro.” El semen se origina en el cerebro, recorre la médula y llega a los testículos a través de dos venas situadas a lo largo de la columna. La procedencia se basó en la similitud entre ambas sustancias, como señaló el mismo Aristóteles.

Otros, como Demócrito y Anaxágoras, elaboraron la teoría de la pangénesis del esperma que influyó posteriormente en el mismísimo san Isidoro de Sevilla. El esperma se origina en todo el cuerpo.

Platón puso su gotita metafísica en el asunto para decir que el esperma tiene un alma y que respira. La apertura por la que respira le proporciona el deseo vital de salir al exterior, de emerger, y así es como la médula produce el deseo de la generación. Porque, para Platón, el deseo sexual incita a reproducirse, no a copular.

Pero las teorías más influyentes en la historia fueron las de Aristóteles e Hipócrates: los testículos son meros recipientes del semen, que procede de la nutri-

ción en su último grado de elaboración. Es decir, el esperma es un residuo de la nutrición, pero como el hombre es caliente y seco, la cocción es perfecta y ese residuo es útil y precioso para la procreación. Aristóteles aprovechó para agregar que los ojos son la zona del cuerpo que mayor cantidad de semen suministra, lo que tuvo serias repercusiones posteriores. Al asociar los ojos a la pérdida de semen, se dio pie para amenazar a los pecadores con la ceguera. La prueba irrefutable que encontró Aristóteles para apuntalar esta doctrina es que a quienes abusan de los placeres venéreos se les hunden los ojos.

La explicación de Galeno, en el siglo II, fue contundente: el esperma se elabora a partir de la sangre de las venas y arterias, cuando éstas penetran en las glándulas. La sangre y el pneuma llevados a los testículos experimentan una cocción lo más perfecta posible. El humor contenido en las primeras espirales tiene todavía aspecto de sangre, pero en las siguientes se va volviendo más blanco y se advierte una blancura total al llegar a los testículos.



En el siglo VI, san Isidoro combinó en el libro IX de sus “Etimologías” ambas teorías, señalando que el humor nace en el cerebro y se difunde por todo el cuerpo y por los genitales, pasando a la médula que hace la función de distribuidor.

Allá por el siglo X, un célebre médico persa, Avicena, se permitió llevar la contraria a los sabios griegos para indicar que los testículos son los miembros principales generadores del esperma a partir de la humedad suministrada por las venas.

Quitando algunos disidentes, en la Edad Media, casi todo el mundo coincidía en que el esperma es un residuo de la nutrición en su último grado de cocción. Como la sangre procede del alimento, el esperma es sangre o análogo a ella y, por eso, el exceso de orgasmos produce hemorragias.

En el siglo XIII, san Alberto Magno avaló la asociación aristotélica del esperma con el cerebro y con los ojos, narrando el caso de un monje que murió tras haberse masturbado sesenta y seis veces antes del toque de maitines. En la autopsia mostró el cerebro del tamaño de una granada y los ojos destruidos. Claro que entonces no se conocían los efectos devastadores de la demencia de Pick, que se caracteriza por reducir el cerebro y darle forma de nuez, por eso, san Alberto llegó a la conclusión de que la eyaculación excesiva vacía el cerebro.

También en el siglo XIII, Guillermo de Conches se hizo eco de la doctrina hipocrática para señalar que el semen es la simiente compuesta de la sustancia más pura de todo el cuerpo.

Mucho más interesante fue la aportación de santo Tomás de Aquino, que añadió al concepto las virtudes activas de los cuerpos celestes. Para él, el semen es receptor del poder de los astros, por medio de los cuales Dios ejerce su acción sobre el mundo. El calor natural recibe parte del calor del sol. El esperma contiene, por tanto, tres calores: el calor elemental propio, el calor del alma del padre y el del sol.

Más o menos en la misma época, Pedro de Albano acomodó a todo el mundo en su "Conciliator", señalando que el semen procede directamente de los testículos y de los vasos seminales, aunque, indirectamente, procede de todo el cuerpo. La prueba de ello es la difusión del placer a todas las zonas del cuerpo durante la emisión seminal.

## UN RESIDUO NO TAN VALIOSO

El estudio de los órganos reproductores femeninos se solventó analizando cadáveres de mujeres y de cerdas, porque ya en el siglo IX los médicos de la escuela de Salerno habían averiguado que el hombre se parece al mono por fuera y al cerdo por dentro.

Pero el estudio de la sexualidad femenina resultó mucho más complicado. Como los médicos eran, en

su mayoría, clérigos, el confesionario resultó un banco de datos de inmenso valor. Entre unos y otros trataron de desvelar los misterios de la mujer, empezando por el estudio conjunto del flujo vaginal, de la sangre menstrual y del útero, que dieron lugar a los respectivos mitos del esperma femenino, la doncella venenosa y la bola histórica.



En "Los Veda", los libros que contienen la ciencia revelada de la India, encontramos la primera descripción del esperma femenino como leche que la esposa derrama junto a la del esposo.

Así lo creyó también Hipócrates, aplicando su teoría humoral. Si el hombre es seco y caliente y el residuo de su nutrición es valioso, al ser la mujer fría y húmeda, la elaboración de su nutrición resulta imperfecta y, por tanto, su residuo es menos valioso, aunque cumple una función no despreciable. La mujer eyacula unas veces dentro de la matriz y otras, fuera de ella.

Esto lo dijo Hipócrates después de que Parménides, dos siglos antes, proclamara que el embrión se constituye a partir de la mezcla de los dos espermas, el masculino y el femenino.

Pero Aristóteles no estuvo de acuerdo y tuvo más tino al señalar que el flujo vaginal es una secreción local diferente del esperma. El flujo femenino correspondiente al esperma del hombre es la menstruación.

Luego vino Galeno a terminar de enredar todo este lío indicando que el semen femenino se vierte fuera de la matriz y se derrama a través de la vagina,

fluyendo desde los ovarios hacia el lugar en que se ha de unir con el del varón. Aunque es inferior al del hombre, su función es importante, porque tiene poder para dar forma a la materia.

Así llegamos a la Edad Media con un lío espantoso sobre la naturaleza y la función del esperma femenino y con la única idea clara de que se originaba en los ovarios, aunque también tuvo su disidente, un escolástico que vivió a caballo entre los siglos XIII y XIV, Pedro de Albano, quien declaró que los ovarios sólo sirven para producir una humedad que incita a la mujer al deseo de recibir el semen viril.

Los partidarios de Hipócrates y Galeno se enfrentaron a los de Aristóteles en una contienda singular, porque no solamente se estaba dirimiendo la existencia y la naturaleza del dichoso residuo, sino su importancia a la hora de concebir, lo que significaba la aquiescencia o prohibición divina para su emisión.

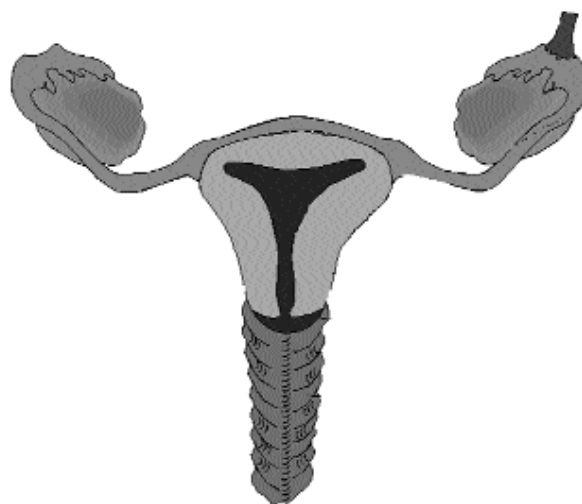
Para los partidarios de Galeno, el esperma femenino servía para constituir los huesos, los nervios y las arterias del feto, mientras que la sangre menstrual servía para constituir la carne y las grasas.

Para los partidarios de Aristóteles, el esperma femenino ni estaba dotado de virtud activa ni era materia necesaria para la formación del feto, sino que era un humor intermedio entre el esperma y la menstruación, algo similar al líquido prostático.

Por tanto, si el esperma femenino participaba en la procreación, era necesario que la mujer eyaculase durante el coito y el marido se debía esforzar en proporcionarle placer. Pero, si el esperma femenino no cumplía papel alguno en la fecundación, entonces el placer de la mujer pasaba automáticamente a la categoría de lujuria y había que evitarlo a toda costa.

Desde luego, hubo posturas variadas y mucho más curiosas que las que se decantaron a la hora de describir el esperma masculino.

El primero en aportar una explicación fue un médico árabe del siglo X, Ali ibn al-Abbas. En su "Pantegni", indica que el semen masculino es excelente, tanto, que su espesor y consistencia le impiden distribuirse por todos los recovecos de la matriz, lo que dificulta la fecundación. Y ésa es la función del semen femenino, de peor calidad y por tanto más ligero, que sirve de diluyente para el masculino, lo alimenta y lo hace llegar a los lugares necesarios para la procreación.



Un siglo más tarde, la figura médica central de la época vino a confirmar la teoría de Ali ibn al-Abbas. Avicena, el médico persa, señaló que el semen masculino se mezcla con el femenino y entonces tiene lugar la ebullición, que después se alimenta, ya en la matriz, con la sangre menstrual. Eso vino a decir que el esperma femenino era indispensable para la fecundación.

Si sólo hubiera habido persas y árabes proclamando esta doctrina, puede que todo se hubiera quedado ahí, pero hubo varios médicos cristianos que la aceptaron. Sus argumentos también son pintorescos.

En el siglo XII, Guillermo de Conches, médico, clérigo y escolástico, dio la razón a los musulmanes aportando un curioso testimonio: las prostitutas que copulan por dinero no sienten orgasmo y, por tanto, no conciben. Solamente cuando se enamoran y copulan con un solo hombre pueden llegar a eyacular y, por tanto, a concebir.

En el siglo XIII, otros dos médicos, clérigos y escolásticos, Bartolomé Angélico y san Alberto Magno, se sumaron a esta doctrina que asociaba la emisión de semen femenino y el placer sexual a la fecundación.

*Escolastica dixit.* Desde aquel momento empezaron a aparecer tratados sexuales repletos de consejos para que los maridos no dejasen jamás insatisfechas a sus mujeres. Las damas de la época debieron agradecer sobremanera obras como "Secretum Secretorum" y otros libros editados por los médicos medievales explicando la forma de proporcionarles placer, muchos de ellos, como los de Maimónides y Constantino el Africano, con un título explícito, "De coitu." La metodología médica se esmeró en hacer entender los consejos eróti-

cos incluyendo explicaciones didácticas. Ni que decir tiene que quienes se llevaron la palma fueron los médicos musulmanes, para quienes el placer sexual masculino y femenino siempre había sido el mejor remedio contra todo tipo de enfermedades.

En 1303, el “Lirio de la Medicina” de Bernard of Gordon denunciaba que el “Canon” de Avicena describía posturas ilícitas y deshonestas que debían evitarse, aunque se hacía eco de la mayoría de los consejos del médico persa. Hay que tener en cuenta que Avicena incluye en su “Canon” métodos contraceptivos y juegos eróticos descritos con todo lujo de detalles para satisfacer a la mujer, que no desdeñan la masturbación ni las relaciones homosexuales y eso ya era demasiado para los médicos cristianos.

Para muchos autores medievales, el esperma femenino tiene una misión triple: participa en la concepción transmitiendo al feto los caracteres maternos, permite recibir mejor el semen masculino y pone de manifiesto el placer de la mujer.

El debate alcanzó su máximo esplendor entre los siglos XII y XIV, cuando surgieron los argumentos contrarios con testimonios de lo más pintoresco, recogidos en la calle, en el hospital o en el confesionario.

El primero fue Averroes, médico musulmán del siglo XII, que se pronunció en contra de la doctrina del esperma femenino, citando a una mujer que había quedado fecundada tras bañarse en aguas en que un hombre había derramado previamente su semen. Obsérvese la credulidad de algunos científicos. Tras él, otros médicos igualmente ingenuos se apresuraron a aportar testimonios de mujeres que habían quedado encinta tras practicar el *coitus interruptus*, por tanto, sin orgasmo ni emisión de semen.

En su “*Dragmaticon Philosophia*,” Guillermo de Conches explicó que las mujeres violadas no conciben porque no sienten placer. Como algunos argumentasen que varias de ellas habían llegado a concebir, la respuesta fue contundente y precursora del actual “relájate y disfruta.” Aunque el acto de la violación se inicia degradando, la debilidad de la carne le da finalmente consentimiento y, al llegar el placer, se produce la fecundación.

El mismo Alberto Magno que había conciliado a Aristóteles con Galeno señalando que el esperma femenino era auxiliar de la generación, aunque carecía de *pneuma* y era solamente materia, se encontró en el confesionario con los relatos de mujeres “expertas” en lides eróticas, que habían concebido sin

experimentar orgasmo. Este médico, santo, clérigo y escolástico, realizó numerosas investigaciones en la clínica y en el confesionario para distinguir los distintos flujos femeninos y llegó a llamar esperma a todos los flujos vaginales de color blanco, incluyendo la leucorrea funcional. Distribuyó las funciones de los flujos dejando para la sangre menstrual la generación del feto y la nutrición para el esperma.

Mucho más espectacular fue la conclusión de Gil de Roma, acérrimo oponente del siglo XIII a las ideas de Galeno y Avicena, quien, basándose en la doctrina de Aristóteles, escribió en su “*De formatione corporis humani utero*” que, si el esperma femenino existiese, contribuiría a la formación del embrión, ya que el esperma tiene la facultad de dar forma a la materia. De ser así, la mujer tendría dos humores que participan en la concepción: el esperma y la sangre menstrual. Eso significaría que la mujer podría fecundarse a sí misma sin participación del varón.

Hoy podemos decir que todo se andará, pero entonces se produjo un gran revuelo. Los detractores se alzaron como un solo hombre para señalar que el esperma femenino era un producto de calidad ínfima, cuya misión era despreciable. Eso suponía liberar a los maridos de la obligación de complacer a sus esposas, de leerse todos aquellos tratados médicos y de someterse a los caprichos femeninos.

Pero contra ellos se levantó la escuela de Salerno en pleno, que empleó toda su autoridad para explicar que el esperma femenino solamente pierde parte de su capacidad de dar forma a la materia en caso de adulterio, puesto que, en el momento de la unión de los dos espermatozoides, la influencia del varón resulta determinante ya que su voluntad es más fuerte que la de la mujer adúltera.

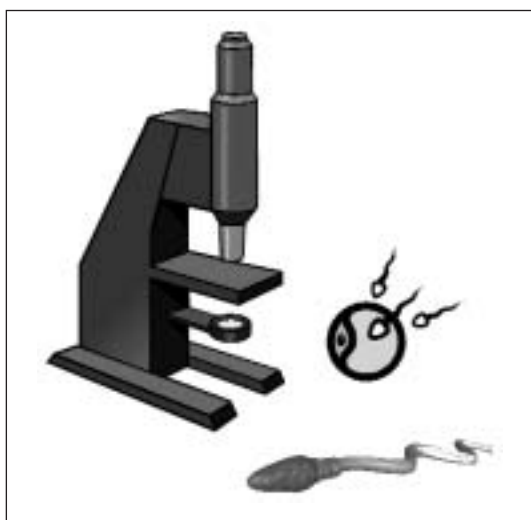
Alberto de Trevisonda había señalado previamente que el feto resultaba varón o hembra según la proporción de esperma masculino y femenino que contribuyese a su generación. También parece que influía la localización del embrión en la matriz. Esto contrariaba a Aristóteles, quien había explicado que el parecido entre padres e hijos no procede de la dosificación de ambos humores, sino de la mayor o menor resistencia que la materia (femenina) opusiera a la acción de la virtud formativa, exclusivamente masculina.

Otra voz se alzó agresiva, la de Tomás de Cantimpré, enciclopedista medieval, que, irritado contra los detractores, señaló en su “*Liber de natura rerum*” que quienes decían que sólo era necesario el semen viril para la concepción no decían más que mentiras.

Unos y otros siguieron erre que erre hasta el siglo XV en que Miguel Savonarola, médico italiano abuelo del célebre predicador fray Jerónimo Savonarola y toda una autoridad en la materia, dejó claro que ambos espermatozoides contribuyen a la fecundación. Primero salvaguardó la honrilla masculina aseverando que sólo el esperma masculino da forma al feto, porque es el primero que interviene en la generación, pero que es totalmente imprescindible la confluencia del esperma de la mujer para que ésta tenga lugar. Ambos espermatozoides se unen al ser proyectados al mismo tiempo y sobre ellos se ejerce la virtud formativa que modifica y refuerza el calor gracias al espíritu generativo.

Así quedó a salvo el derecho de la mujer al orgasmo, al menos durante dos siglos, porque, ya en el XVII, el invento del microscopio puso de manifiesto la inexistencia de espermatozoides en los flujos vaginales, lo que determinó la postura eclesíástica radicalmente opuesta al placer sexual femenino. Si no es necesario para la fecundación, es lujuria.

Tres siglos permaneció el estigma del pecado sobre la cabeza de la mujer, hasta que el Catecismo de 1951 recogió un discurso de Pío XII, según el cual, el Creador estableció que en la función de la generación los esposos experimentasen un placer y una satisfacción del cuerpo y del espíritu. Por tanto, los esposos no hacen nada malo procurando este placer y gozando de él.



Pero todavía no vamos a abandonar este interesante debate. Dejaremos a sus actores discutiendo acaloradamente para pasar al tema siguiente, otro mito derivado también de la teoría del esperma femenino.

## LA DONCELLA VENENOSA

Otro de los misterios femeninos que ha llamado poderosamente la atención de médicos, filósofos y teólogos es la menstruación. En torno a ella se creó el mito de la doncella venenosa, cuyas reminiscencias todavía están vigentes en algunos rincones de nuestra geografía.

La Biblia se refiere a la menstruación como a la "inmundicia" y a la mujer que menstrúa como a la "impura," por la antigua y arraigada creencia de que la menstruación era la expulsión de todos los desechos del cuerpo femenino.

Para Hipócrates, la sangre menstrual contiene los cuatro humores. Si su contenido principal es la bilis negra, la mujer padecerá melancolía. Si es esperma, padecerá sofocación y, probablemente, síncope que podrá llevarla a la muerte.

Dado que la sangre menstrual es altamente contaminante, no debía copularse durante las reglas ni durante la cuarentena que sigue al parto.

Aristóteles señaló que las mujeres no padecen hemorroides ni hemorragias nasales porque expulsan los residuos de sus venas mediante la menstruación. Como son frías y húmedas, los poros de su piel se cierran y no les nace barba, como es el caso del hombre. En cuanto a los animales, no tienen sudor ni menstruación y eliminan sus residuos convirtiéndolos en garras o pelos.

Plinio, ya en el siglo I, señaló que la sangre menstrual impide que los cereales germinen, agría el mosto y su contacto hace morir la hierba. Todavía hay gente que comparte este tabú, imputando a la menstruación la capacidad de matar las plantas o de cortar la mayonesa.

Para san Isidoro de Sevilla, la menstruación se relaciona con el ciclo lunar.

Una de las explicaciones más amplias es la de Ali ibn al-Abbas, quien dijo que de la unión de los dos espermatozoides nace la membrana que rodea al feto y que recibe la sangre menstrual. En esa membrana se forman canales y aberturas para que fluyan las materias sin cesar y para atraer constantemente el esperma hacia la sangre, mediante la facultad atractiva que posee.

Del esperma de ambos padres se forman las partes blancas del feto, es decir, los huesos, la carne, el



cerebro, los nervios, los ligamentos y las venas, mientras que de la sangre menstrual se forma el hígado y las demás vísceras, excepto el corazón, que nace a partir de las arterias.

Cuando nace el niño, debido a que está formado de sangre menstrual necesita un alimento similar, la leche, que también procede de la misma sangre menstrual.

Ésta fue una de las opiniones más compartidas, con independencia de que se aceptara o no la existencia de esperma femenino. Se puede ver claramente la influencia de las analogías. Del esperma se forma lo blanco y de la sangre, lo negruzco. Pero sigamos con las explicaciones de ibn Abbas acerca de la naturaleza de la menstruación.

La menstruación tiene dos funciones. Una es la reproducción, como hemos visto. La otra es la expurgación de los residuos corporales. Estos residuos no se producen en el hombre, porque, como su temperamento es caliente y seco, la cocción de los alimentos es completa. Pero la mujer hemos dicho que es fría y húmeda y que su cocción es incompleta. Por ello, no puede transformar todo el alimento en sangre, sino que deja residuos que debe eliminar en la menstruación.

Avicena, partidario como siempre de Hipócrates y Galeno, ratificó que la sangre menstrual sirve para alimentar a los dos espermas.

En el siglo XII, encontramos las enseñanzas de Miguel Escoto, un sabio escocés que tuvo fama de hechicero por sus grandes conocimientos de todas las ciencias y que se adhirió a la doctrina de los dos espermas. Por entonces proliferaban los libros musulmanes que ofrecían consejos sobre las cualidades que debían adornar a las mujeres que debían elegirse para los harenes. Este estudioso se apresuró a analizar los perfiles adecuados al cristianismo y señaló en su "Phyisionomia" que se ha de buscar en la mujer el mayor grado de calor. Y aquí viene el consejo: cuanto menos sangre menstrual produzca una mujer, más abundante será su esperma y mayor placer sentirá en el coito, conformando el prototipo de la mujer ardiente. A cambio, tendrá poca leche, lo que se podrá observar en el pequeño tamaño de sus senos. En el otro lado se sitúa la mujer de naturaleza fría, de pechos grandes, tímida, con dificultades para experimentar el orgasmo, pero con menstruaciones regulares, con facilidad para quedar encinta y leche en abundancia.

San Alberto Magno explicó en su obra más leída en la época "Los admirables secretos de las mujeres" que el flujo menstrual es venenoso y puede producir infección en los ojos. Uno de sus argumentos es que, si se mezcla un pelo de pubis de mujer con el flujo menstrual y se mete en un estercolero, al cabo de un año aparecen animales dañinos y venenosos.

La "Suma teológica" de santo Tomás de Aquino explica que la sangre menstrual es en principio apta para recibir el semen masculino, pero que se corrompe debido a una impureza procedente de la concupiscencia, ya que sólo acude a la matriz mediante la cópula.

Egidio Romano aportó, también en el siglo XIII, una imagen gráfica en su libro "Sobre la formación del cuerpo humano en el útero": el esperma masculino da movimiento y fuerza al feto. Es como un carpintero para el que la menstruación es la madera sobre la que trabaja.

Y llegamos al "Tratado de Trótula," una comadrona de Salerno que se hizo muy popular con sus explicaciones y consejos para el mundo femenino.



Este libro imputa al ciclo menstrual la regulación del temperamento femenino. En el hombre, es el sudor el encargado de atemperar el exceso de calor. En la mujer, es la menstruación la que purga el exceso de humedad. Trótula llama "flores" a la sangre menstrual y dice, con gran delicadeza, que la mujer sin flores no puede concebir.

Hay quien dice que Trótula nunca existió y que su célebre tratado fue escrito por los médicos de la escuela de Salerno. Da igual. Ahora, lo que interesa es saber que esta escuela ya había averiguado que los ojos aprehenden los estímulos externos y que el

nervio óptico transmite y representa lo captado en la parte superior del alma. Del alma corporal, se entiende. No andaban desencaminados. Y nos interesa especialmente la importancia de los ojos, porque Aristóteles había dicho que son el vehículo para eliminar o propagar sustancias impuras del cuerpo, con lo que podremos entender el famoso mito de la doncella venenosa.

Si la mujer que menstrúa está cargada de materia contaminante y los ojos transmiten lo interior, la mirada de la mujer puede envenenar, empañar los espejos y emponzoñar hasta matar a quien desee. La doncella venenosa puede hacer mal de ojo y, cuando llega la menopausia y desaparece la posibilidad de descarga de desechos, la mujer puede convertirse fácilmente en bruja dañina.



El “Tratado de la fascinación o de aojamiento” que Enrique de Aragón, Marqués de Villena, publicó en 1411, describe el mal de ojo producido por personas de complexión venenosa o que lleven veneno en su interior, como la mujer que menstrúa.

Como terapéutica, señala el Marqués de Villena tres métodos: uno para prevenir, otro para conocer el daño sufrido y otro para librar al enfermo de su mal. Dado que el aojamiento se puede cebar tanto en personas como en animales, los remedios descritos por el marqués van desde colgar manecillas de plata o sartas de conchas marinas al cuello de los afectados, a sujetar “cuero con pelo de tasugo en el collar y cabezada” de las bestias, atarse los pulgares y saltar tres veces antes de salir de casa, todo ello acompañado de jaculatorias y oraciones, así como de olores como almizcle, clavos, cortezas de manzanas y toda

una larga lista de gemas, plantas, actitudes, recitados, sahumeros, pócimas y amuletos, procedentes de recetarios de todos los tiempos y géneros, desde Cleopatra VII y el rey David hasta Alberto Magno y Petrarca.

No hubo grandes debates en torno a la función de la sangre menstrual. Casi todo el mundo pareció estar de acuerdo, igual que lo estuvo en la transmisión del veneno. Tampoco hubo muchas discusiones acerca de la matriz y del mal que padece, la histeria, pero las ideas son tan interesantes y curiosas que no vamos a dejar por ello de exponerlas. Además, su fundamento es también el controvertido esperma de la mujer. Pasamos, pues, al tercer mito, con una aclaración previa sobre la legendaria desmesura del deseo sexual femenino.

## LA DESMESURA DEL DESEO FEMENINO



Si la sexualidad masculina fue objeto de estudio y de debate durante siglos para llegar al descubrimiento de la dihidrotestosterona, el estudio de la sexualidad femenina supuso el enfrentamiento con el mayor de los misterios.

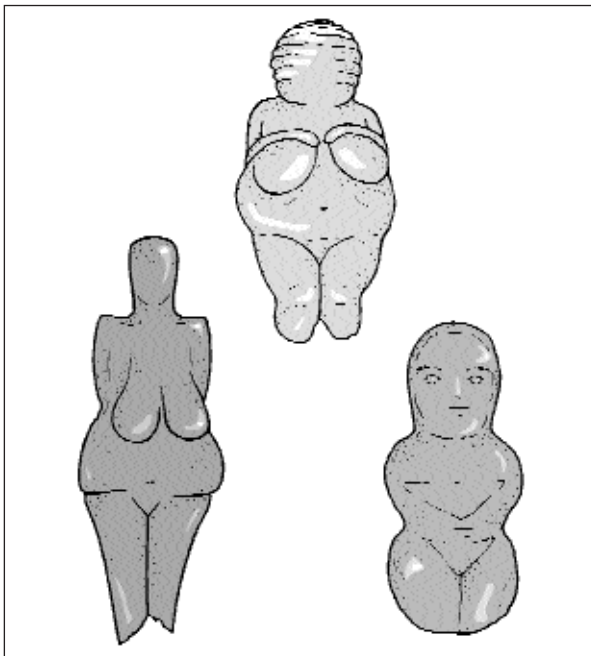
El enigma de la sexualidad física y psíquica de la mujer ha sido siempre un tema de discusión y un atractivo para la curiosidad de los hombres, teniendo en cuenta que, hasta hace cuatro días, eran los únicos que debatían y estudiaban éste y otros temas. Las cátedras

e instituciones científicas estuvieron vedadas a la mujer durante muchos siglos y por eso no se puso contar con sus aportaciones investigatorias.

Claro que como hasta el siglo XIV no hubo seglares en la cátedras de Medicina, todos eran clérigos y tenían, casi siempre, acceso a esa fuente de conocimientos que es el confesionario.

El misterio de la sexualidad femenina radica principalmente en que su sexo está oculto a la observación. Su respuesta a los estímulos no es visible como la del hombre. Si la mujer decide mostrar frialdad cuando está excitada o mostrar excitación cuando se siente fría, lo tiene fácil.

Por otra parte, la respuesta de la sexualidad femenina a los estímulos ambiguos y la desmesura legendaria de su deseo han llamado desde siempre la atención de científicos, filósofos, médicos y teólogos.



Muchas culturas antiguas centraron su religión en una figura femenina, una diosa, como Innana en Sumer o Baalat en Fenicia, y adoraron el triángulo invertido que representa al sexo femenino, el *yoni* del Kamasutra y de los tantras. Y todas esas culturas concedieron una gran importancia a las técnicas para lograr el placer sexual.

La prostitución sagrada fue una forma de culto religioso muy extendido y honroso en diversas culturas como la griega, la romana y la hindú, cuyas religiones se centraban en deidades masculinas o de ambos sexos.

La Biblia nada tiene que oponer a la sexualidad. No se castiga el incesto ni el adulterio ni la prostitución, siempre que la víctima sea la mujer, claro. Amon violó a Tamar sin que David, su padre, le regañara siquiera; Abraham incitó a su mujer, Sara, a prostituirse con el faraón para ganarse él algunas prebendas; y el mismo David envió tranquilamente a Urías a la guerra para que muriese y le dejase gozar en paz de su mujer, Betsabé.

El Corán tampoco tiene nada que oponer a la sexualidad, más bien todo lo contrario. Fue el Cristianismo el que corrió el velo sobre el placer de la carne a partir, como hemos dicho, de la Patrística. Todavía las Epístolas de san Pablo presentan distintas contradicciones al respecto, no sabemos si porque fueron escritas por distintas personas o por la misma persona que había cambiado radicalmente de parecer. Unas abogan por el encuentro carnal, el débito conyugal que cada cónyuge está obligado a pagar al otro, aunque, eso sí exento de pasión y dirigido a la procreación, y otras abogan por el celibato y la virginidad como el estado idóneo para servir a Dios.

Todo esto revistió de un ropaje de pecado y curiosidad morbosa el estudio de la sexualidad de la mujer.

Puede que el mito del deseo sexual femenino tan desmedido e insaciable sea anterior. Los antiguos ya observaron que las hembras animales no tienen deseo sexual después de ser fecundadas, mientras que la mujer sigue teniéndolo. Para explicarlo, llegaron a la conclusión de que el ser humano tiene un apetito natural semejante al de los animales y otro apetito nacido del alma. Para Platón, ese segundo apetito es el deseo de concebir, por eso tuvo tan buena acogida entre los Padres de la Iglesia. De lo que no cabe duda es de que el Cristianismo, al demonizar el placer sexual, contribuyó cuando menos a crearlo.



Vemos una cita del legendario deseo sexual femenino en la “Segunda carta a Timoteo,” de san Pablo, donde menciona a las “pobres mujeres cargadas de pecados y llevadas de toda clase de deseos”.

En el siglo XII, Andreas Capellanus, capellán de la corte de Leonor de Aquitania y experto en asuntos de amor humano, escribió en su tratado “De amore”: “por mucho que la hagas estremecer, nunca podrás satisfacerla”.

En el siglo XIII, un moralista muy popular, Felipe de Novara, explicó en su tratado de moral “Des quatre tenz d’aage d’ome,” que “la mujer es como la serpiente, de naturaleza frágil; a la serpiente no hay que darle veneno porque ella ya lo lleva encima”.

Vamos, como para poner los pelos de punta al mismísimo don Juan Tenorio. Por cierto y hablando del Tenorio, su autor, Zorrilla, al igual que otros intelectuales del siglo XIX, estuvo convencido de la bondad del dicho “la mujer es fuego, el hombre es estopa; luego viene el diablo y sopla.” Lo curioso es la contradicción entre identificar a la mujer con el fuego y achacarle un temperamento frío y húmedo.

Todas estas creencias incidieron definitivamente en la construcción del último mito que vamos a describir, que se inició, como casi todos, en tiempos de Hipócrates, y se liquidó solamente con el asentamiento de la psiquiatría científica del siglo XIX.

---

## LA BOLA HISTÉRICA

En “Timeo,” Platón comparó la matriz a un animal vivo que asciende y desciende dentro del cuerpo de la mujer. Durante el coito, la matriz desciende para recibir el esperma del hombre y, después, asciende a su anterior posición para distribuirlo adecuadamente y lograr así la fecundación. Es de notar que la matriz realiza movimientos de protesta cuando está insatisfecha, es decir, cuando la mujer siente deseos de concebir.

La matriz también asciende o desciende en función de determinados estímulos, como los olores. Así, los olores agradables la atraen y los desagradables la repelen.

Mucho antes de Platón, el primer manual de medicina que sabemos que describió el útero femenino procede de Kahoun, en Egipto, y data más o

menos del año 1900 antes de nuestra era. Este tratado no solamente describe la anatomía femenina, sino que también menciona la histeria, a la que define como perturbaciones del útero.

Esta doctrina fue válida hasta el siglo XIX, naturalmente, con algunas disidencias a las que no se prestó atención. Según ella, la histeria es una enfermedad imputable únicamente al útero y se produce cuando éste no obtiene lo que desea.

El nombre de histeria es griego y procede de *hyster*, que significa precisamente útero. Para los griegos, la enfermedad se produce cuando el útero no obtiene lo que desea. El útero tiene hambre y manifiesta su malestar moviéndose dentro del cuerpo de la mujer. Se desplaza hacia arriba y oprime el esternón, dificultando la respiración y causando los temidos sofocos.

Esta doctrina dio lugar a dos ideas. En primer lugar, como hemos visto, el enfado de la matriz y su manifestación. En segundo, la preocupación de los médicos por remediar la enfermedad producida. El remedio tenía dos fases. En la primera, había que alimentar al órgano hambriento para que se aplacase. En la segunda, había que hacerle volver a su lugar de origen. Para aplacarle era preciso que la mujer se casase. Para devolverlo a su lugar había que utilizar aromas y fumigaciones. De olor repelente, para la nariz y de olor atrayente para la vagina. Recordemos que, todavía en el siglo XIX, las damas llevaban consigo su frasquito de sales que oían con fruición para alejar el soponcio.

Así, el consejo que los médicos dieron durante muchos siglos a sus pacientes femeninas afectadas de histeria consistió en casarse y no perfumarse el pelo, es decir, alimentar a la matriz y no atraerla hacia la parte superior del cuerpo con aromas agradables.

Éste y otros consejos podemos encontrar en el voluminoso “Corpus Hippocraticum” que elaboró la escuela hipocrática siguiendo la doctrina del maestro.

Según él, la matriz se eleva por cualquier enfriamiento y se desplaza por cualquier actividad, como bailar, partir leña o tener frío en los pies.

Pero el principal motivo del ascenso de la matriz, el que provoca la sofocación histerica más aguda y peligrosa es la materia retenida. El exceso de semen femenino acumulado es el que forma la bola histerica, capaz de producir ahogos y, con frecuencia, la muerte.

Los antiguos hablaron de demonios incubos y súcubos que se sentaban sobre el pecho e impedían respirar. Pero los griegos, una vez que dejaron de creer en los demonios, ya habían explicado que la sofocación es causada por esos movimientos uterinos. Así lo explicó Celio Aureliano, médico romano del siglo I, aunque la Edad Media, con el renacimiento de la fascinación por la escatología y el Apocalipsis, retomó la idea de los incubos y los súcubos.

Galeno e Hipócrates estuvieron totalmente de acuerdo en que la causa de la formación de la bola hística es la continencia. Galeno describió la retención seminal debida a continencia sexual, igualmente nociva para el hombre que para la mujer. Así, este médico prescribió el coito para los hombres y el matrimonio para las mujeres. Y si no era posible casarse, como en el caso de las vírgenes o las viudas, el remedio era la masturbación, es decir, masaje con ungüentos para eliminar el esperma retenido, aplicado por la misma paciente o por una comadrona.

Y ya estamos otra vez en la Edad Media con toda esta carga de conocimientos y doctrinas, que había que conjugar la más grande de las virtudes cristianas, la renuncia sexual, el logro de la virginidad y de la castidad absoluta de palabra y obra, con el desmedido deseo sexual innato en la mujer, que genera una cantidad de semen y de sustancias corruptas mayor de las que su organismo es capaz de evacuar espontáneamente. Y la acumulación de estas sustancias altamente nocivas es causa de enfermedad e incluso de la muerte.



Nocivas y corruptas porque proceden de la concupiscencia, no lo olvidemos. Los teólogos medievales siguieron la doctrina de la Patrística y achacaron la putrefacción física a causas metafísicas. El pecado corrompe la carne. El cuerpo se hace mortal nada más nacer porque entra en contacto con la carne corrompida por el pecado original. Los torpes obsequios de la carne engendran la putrefacción.

Veremos la opinión de los expertos medievales, pero antes, conviene aclarar la situación del erotismo medieval, clave de muchas conclusiones de los estudiosos de la época.

## EL EROTISMO MEDIEVAL

La Edad Media es una época contradictoria en cuanto a la expresión de la sexualidad. La libertad sexual era mucho mayor que la existente en el siglo XIX y nadie se espantaba por escuchar o leer conceptos tan arriesgados como las ideas de la célebre monja Hildegarde von Bingen, para quien las tres personas de la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, son comparables a los tres elementos de que, según las corrientes de la época, se componía el acto sexual: fuerza, deseo y acción.

Vemos también a los médicos medievales, casi todos ellos clérigos, prescribiendo la masturbación y el coito como remedios indispensables para enfermedades como la histeria o la melancolía, que se creía generada por vapores espermáticos acumulados en el cerebro.

La Edad Media propició sentimientos tan imposibles como el amor cortés, el amor del trovador por su señora, a la que adora sin poder jamás llegar a disfrutarla debido a la enorme distancia que los separa. Uno de los mayores deleites de los enamorados era acostarse juntos, desnudos, pero con una espada bien afilada y sin funda, como barrera tendida entre los dos. El amante podía gozar de la visión y del contacto a cierta distancia de su amada, pero no poseerla. Téngase en cuenta que la adorada era siempre una mujer casada y virtuosa y el adorador un hombre de rango inferior, vasallo de la señora feudal. Y su función era la de entretener a su señora mientras su señor se entregaba a actividades más épicas, como la caza o la guerra.



En aquellos tiempos se dejaba sentir la influencia de los sabios musulmanes que, como Averroes, propugnaban la inexistencia del alma inmortal y señalaban a la religión como un obstáculo para la ciencia, hasta el punto de que, en el siglo XIII, llegó a surgir un movimiento intelectual que condujo a sus partidarios a un pensamiento revolucionario: Si no hay más felicidad que la de este mundo, la fornicación no es pecado. Claro que esto no fue más que un movimiento puntual que no duró mucho tiempo.

Todo esto trata de la vida erótica seglar, pero también merece la pena echar un vistazo a la situación sexual de los religiosos.

En la Edad Media, los sacerdotes y los monjes se casaban y existían conventos mixtos, situación que duró hasta la reforma gregoriana del siglo XI que proclamó la obligatoriedad del celibato. Claro que no era la primera vez, porque el celibato se había declarado obligatorio en España en el concilio de Elvira en 306, para luego anularse en el de Nicea de 325, ya en presencia del sumo pontífice, el emperador Constantino el Grande.

La imposición del celibato suscitó fuertes protestas y luchas incluso sangrientas, pero el Papa Gregorio VII consiguió que los fieles se negasen a asistir a las misas celebradas por sacerdotes casados. Unos años antes, el Emperador Enrique II había reformado la Iglesia promulgando una ley que prohibía el matrimonio de los sacerdotes y, para hacerse obedecer, había tenido que incluir una disposición según la cual, los hijos de los sacerdotes no nacían libres.

Una vez obligados a mantenerse célibes y castos, los clérigos se encontraron con un tremendo conflicto frente a sus mujeres y a sus hijos, a los que hubieron de repudiar. Muchos de ellos decidieron apartarse de las tentaciones recluyéndose en chozas y ermitas en los bosques y desiertos, como aquellos eremitas del siglo II que sufrieron tentaciones insostenibles.

El conflicto se extendió, naturalmente, a las mujeres abandonadas por sus maridos religiosos. Las que eran seglares probablemente intentarían volver a casarse, cosa que no debía ser muy fácil teniendo en cuenta la edad, el estado y los hijos habidos del primer matrimonio, disuelto automáticamente por la autoridad papal. Y las que eran asimismo religiosas se encontrarían con la obligación de una castidad involuntaria, que pudo ser causante de más de una patología entonces descrita como posesión o sofocación.



Una de las salidas a la sensualidad fue convertirla en amor divino, en *indendam amoris*, en amor exaltado a Dios, el que vivieron los llamados “locos de Dios,” como Raimundo Lulio, Bernardo de Claraval y la misma Hildegarde von Bingen. La literatura que nos han dejado explica muy bien su esfuerzo por encaminar su sexualidad hacia lo divino. San Bernardo, por ejemplo, se identifica con el papel de la novia y concede a Cristo el del novio. Habla del beso espiritual recibido de los labios del novio, que le suscita el deseo de recibir muchos más besos. Santa Matilde de Magdeburgo describió a Dios como al esposo que la espera en el lecho y ante quien debe desprenderse del miedo y de la vergüenza. Para ella, la eucaristía no solamente consistía en mezclar su cuerpo con el cuerpo de Cristo, sino en mezclar la virilidad de Dios con la propia carne.

Entre unos y otros debieron dar mucho trabajo a los médicos y a los teólogos de la época y no es de extrañar que las creencias de los griegos tomaran la fuerza que tomaron.

Veamos a continuación los mitos relacionados con la matriz.

## UNA VEJIGA CON CUERNOS



En el siglo X, Ali ibn al-Abbas ofreció una descripción en su "Pantegni". La matriz tiene forma de vejiga, pero con dos puntas semejantes a cuernos que se extienden hasta las ingles. Las venas y las arterias entran en esas prolongaciones para aportar a la matriz la sangre y el pneuma.

Después de la descripción anatómica de Ali ibn al-Abbas, veamos la descripción funcional que hizo en el siglo XII George W. Corner, en su libro "Anatomia Cophoris". La naturaleza ha dispuesto la matriz para que todos los residuos superfluos que genere la mujer a lo largo del mes se dirijan a ella en su época habitual, como si se enviaran a la sentina de todo el cuerpo. También es un campo que la naturaleza ha cultivado para dar fruto. Encima de la matriz hay dos testículos (los ovarios, claro) gracias a los cuales la mujer envía su esperma a la matriz para que se una al del varón y se forme el feto. El interior de la matriz está revestido de pilosidades destinadas a retener el esperma.

Ya sabemos cómo es la matriz y para qué sirve. Ahora vamos con la histeria.

Avicena no creyó que la histeria, entonces llamada *suffocatio*, se debiera al desplazamiento del útero como creyeron Hipócrates y Platón, sino a la retención de sustancias que propagaban la enfermedad al cerebro. Si las sustancias retenidas contenían sangre menstrual, podían ser causa de locura. Galeno ya había descrito casos de curación mediante el famoso masaje con ungüentos, como llamaban delicadamente a la masturbación, y también el "Canon" de Avicena propone esa técnica como remedio.

En el siglo XI, Constantino el Africano señaló en su "Viaticum" que la histeria es consecuencia de la abundancia de esperma y corrupción. Hay que anotar que este autor fue traductor de numerosos libros árabes, como "Pantegni", de Ali ibn al-Abbas, y en muchas ocasiones no se sabe si sus libros eran suyos o traducidos de otros autores.

En el siglo XIII, san Alberto Magno recomendó a las monjas y viudas la masturbación para lograr el apaciguamiento sin culpa. Este médico religioso y escolástico tuvo una de las mentalidades más avanzadas de su época entre los médicos cristianos. Para evitar enfrentamientos teológicos, se cuidó de describir cuidadosamente la diferencia entre la mano que cura y la mano que corrompe. Es decir, la masturbación para salvar a la mujer de la locura o de la muerte no podía ser mal vista por Dios, pero la masturbación por vicio provocaba sodomía.

Y, aprovechando las teorías en boga, Alberto Magno aportó un argumento muy al hilo de la época. La masturbación masculina y el *coitus interruptus* son un grave pecado, porque se desperdicia un licor precioso que Dios ha puesto en el hombre para fecundar, pero, dado que el esperma que emite la mujer es de calidad muy inferior, su derroche no tiene valor alguno. Se pierde algo de infima clase. Mucho debieron agradecer las mujeres de su época tales consejos, incluidos en un libro que tuvo gran difusión, "Los admirables secretos de las mujeres."

Los conocimientos de Alberto Magno sobre la sexualidad femenina llegan hasta la descripción de casos de masturbación en que interviene el clitoris, órgano ya conocido en la Edad Media.

Pedro de Albano habla en su "Conciliator" de que el deseo incita a la mujer a frotar el orificio superior situado cerca del pubis. Dice que el placer que procede de esta parte es comparable al que se produce en el extremo de la verga.

El "Tratado de Trótula" también se hizo eco de las anteriores corrientes relativas a la histeria, señalando que la sofocación de la matriz se produce cuando se acumula semen en ella y es necesario evacuarlo por medio del varón. Si la mujer no se casa, el semen retenido en la matriz se corrompe y la envenena, lo que puede producirle la locura o la muerte.

No sabemos de qué morirían las mujeres medievales que eran diagnosticadas de *suffocatio*. Si sabemos que muchas de las personas que murieron de sífilis, a juzgar por las descripciones de los médicos, tuvieron el diagnóstico de envenenamiento. El mismo Cesar Borgia, del que muchos autores dijeron que había sucumbido a los venenos tan propios de su familia, parece que murió de sífilis. Téngase en cuenta que una de las batallas que organizó mano a mano con el Gran Capitán se llamó oficiosamente la Campaña de la Fornicación.

En el siglo XIV, el médico más famoso de la época, Arnau de Vilanova, aconsejó a las viudas y a las monjas que se introdujeran sustancias en la vagina para apaciguar el malestar.

En el siglo XV, Jacques Despars, un médico francés, teólogo y canciller de la Iglesia de París, se planteó la existencia de un conflicto religioso con el remedio recomendado de la masturbación. Seguramente leyó los argumentos de san Alberto Magno y no quiso ser menos. Según él, la masturbación puede ser pecado, pero si con ella se ha de evitar la muerte, hay que consultar previamente con un teólogo.

Todas estas idas y venidas en torno a la masturbación de las monjas tuvo su fundamento. En la Edad Media y en el Renacimiento, proliferaron las abadías de monjas afectadas de una locura que algunos médicos achacaron a ataques demoníacos. Y lo creyeron así porque las monjas enfermas y enloquecidas que sufrían ataques de histeria colectiva contaban en el confesionario sus fantasías eróticas.

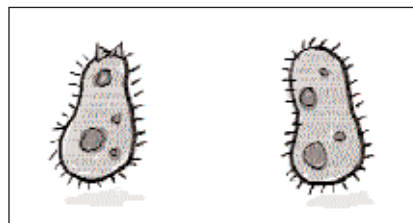
Más tarde, ya en el siglo XVI, Johannes Weyer observó con mirada ecuánime las convulsiones que padecían aquellas monjas calificadas de poseídas y llegó a la conclusión de que se trataba de la lucha que mantenían las desdichadas mujeres contra sus fantasías eróticas, cosa que pudo confirmar al separar a las monjas de los estímulos que provocaban tales fantasías, es decir, ciertos mozos lascivos y atraerentes que suscitaban en ellas deseos prohibidos.

Los casos de monjas endemoniadas, como las ursulinas de Loudun, ya nada menos que en el siglo XVII, y las convulsionarias de Saint Médard, dieron lugar a numerosas polémicas entre los que veían en ello casos claros de posesión y los que, como los alienistas Lègne y Tourette diagnosticaron una clase especial de histeria. Parece ser que Loudun, en Francia, era un lugar proclive para las visitas diabólicas, porque, aparte de los demonios lujuriosos que persiguieron a las desdichadas monjas, un sacerdote de la misma ciudad, Urbain Grandier, firmó un pacto con Satanás con tal lujo de detalles que el documento se guarda todavía en la Biblioteca Nacional de París.



Hemos dicho que Avicena no creyó que la histeria se debiera a un desplazamiento de la matriz, pero sí creyó que la matriz se desplazaba para concebir. Uno de sus comentaristas del siglo XV explicó que en el reino de Navarra las mujeres ricas utilizaban fumigaciones vaginales antes de unirse a sus esposos. No sabemos si aquellas damas empleaban tales fumigaciones por acrecentar el placer, por higiene o por el motivo que este comentarista señaló y era que así provocaban el descenso de la matriz para que pudiera recibir todo el semen del marido. Después del coito, aspiraban aromas por la nariz para hacerla ascender de nuevo al lugar propicio para la distribución y fijación del semen.

Las especulaciones sobre la histeria, la matriz y la sexualidad femenina continuaron, como dijimos, hasta el siglo XIX. Todavía rozando el siglo XX, dos neurólogos de la categoría de Charcot y Freud se vieron atraídos por la espectacular sensualidad de la histeria, cuyo estudio llevó a Freud a formular su teoría psicoanalítica.



Hoy sabemos mucho más de la histeria, de la fecundación y de la sexualidad. Pero todavía perduran en muchos lugares, en muchas culturas y en muchas mentalidades los mitos medievales basados en los errores de los antiguos. El reblandecimiento de la médula y la ceguera que amenazan a los masturbadores, el tabú de copular durante la menstruación o la cuarentena, el contacto letal de la mujer que menstrúa para las plantas, el mal de ojo y algunos otros.

Y es que la Medicina sigue emparejada, lo queramos o no, con otras fuentes de conocimiento, aunque ya las hayamos situado en la categoría de la superstición.